

Seguir avanzando

RAFAEL HIDALGO NAVARRO *

Hemos abordado la cuestión de la muerte, problema humano donde los haya y auténtica piedra de toque de toda filosofía. Y lo hemos querido enfrentar con sincero afán de conocer, de adquirir la sabiduría que nos lleve a vivir en la verdad. Por eso hemos indagado en la doctrina filosófica que entendemos puede servir mejor a este propósito.

El siglo XX ha supuesto un auténtico hito en el conocimiento del hombre. Posiblemente una de las razones más importantes para que esto haya sido posible ha sido el surgimiento de la fenomenología.

La fenomenología ofrece como gran aportación la pretensión de atenerse a la realidad de las cosas. Para ello parte de no presuponer nada, dejarlas ser. El modo de lograrlo es contemplarlas en su ámbito particular, no arrastrarlas como a sabinas ultrajadas para que se acomoden a mis pretensiones previas, sino tratarlas con respeto, dejarlas desenvolverse en su propio ámbito.

Pero la fenomenología, en su afán

objetivista, creyó poder eliminar de la contemplación del mundo al ojo que lo observa, cayendo en un nuevo modo de idealismo.

Ortega y Gasset se dio cuenta tempranamente de este error y se puso manos a la obra para enmendarlo y no perder de vista la realidad. De este modo fue desarrollando la filosofía más adecuada para entender la realidad humana: la razón vital.

La razón vital parte del ámbito donde encuentro toda realidad, dicho ámbito no es otro que mi vida. Por eso mi vida es la realidad radical, no en el sentido de que sea la más importante, sino en el de que en ella radica toda realidad con que me encuentro. Y mi vida soy “yo y mi circunstancia”; yo teniendo que hacer algo en vista del mundo que me circunda y me impele. La realidad radical no es algo suficiente y acabado, como el concepto de hypokéimenon de la tradición aristotélica y escolástica, sino que es dinámica y cambiante, es acción, quehacer, movimiento. La filosofía derroca a los sucesores de Elea y corona al efesio Heráclito.

Pero Ortega es tempestad, excitación, pasión intelectual. No tiene paciencia para asentar paso a paso las posiciones

* Doctor en Filosofía.

ganadas. Es un nuevo Alejandro que se quiere aventurar más y más en los enigmáticos reinos del poniente. Por eso su mirada se posa aquí y allá. La realidad le llama seductora y él es un galán del conocimiento. Tendrá que ser su discípulo y amigo Julián Marías quien vertebrará el imperio que ha levantado. Este vallisoletano íntegro y veraz articulará el pensamiento de Ortega y ayudará a que emerja el sistematismo que late dentro del mismo, lo cual nos facilitará la labor a quienes llegamos detrás de modo que podamos apoyarnos en sus logros para seguir avanzando.

Porque esa es la clave: seguir avanzando. Sería una infidelidad enterrar los talentos recibidos y no ponerlos a dar frutos. Están hechos para dar el ciento por uno. Y la meta que tenemos delante no es menor; se trata nada menos que de liberar a la persona de su falsificación, de la estatua pétreo e inmóvil en que la han convertido. “Los ídolos de los gentiles son oro y plata, hechura de manos humanas: tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, no hay aliento en sus bocas. Sean lo mismo los que los hacen, cuantos confían en ellos” (Salmo 134). No quedemos fosilizados por construir falsas imágenes del hombre. ¡Atrevámonos a saber! ¡Atrevámonos a ser libres!

Yo me veo arrojado al mundo, teniendo que hacer algo con él, debiendo decidir a cada momento. Por eso soy “necesariamente libre”. Pero no vale con hacer cualquier cosa para poder realizarme, para vivir con autenticidad tengo que hacer aquello que me siento llamado a hacer y a eso denominamos vocación. Vocación no es hacer lo que me apetece hacer, sino lo que debo hacer aunque no me apetezca. Y esa vocación me viene propuesta, no impuesta; con ella gano en realidad, pero le puedo ser infiel.

En la medida en que soy leal a dicha vocación soy feliz. Pero esa felicidad no es nunca plena; y no lo es por dos razones. En primer lugar no me es

posible cumplir con todos aquellos proyectos a los que me siento llamado. Algunos me son imposibles, otros son incompatibles entre sí, a veces quedan interrumpidos. En segundo lugar mi vida se ve amenazada por la ineluctable muerte.

La realidad radical, aquella en que toman asiento todas las demás, ¡corre el riesgo de desaparecer! Si nos planteamos este problema a fondo nos damos cuenta de la enorme gravedad que tiene. No estamos diciendo que un aspecto importante de nuestra existencia se vea amenazado. No afirmamos que alguna circunstancia de mi vida pueda alterarse. Lo que decimos es que todo eso puede desvanecerse porque mi vida está amenazada por la nada.

Pero el problematismo de la muerte no reside únicamente en el perjuicio que me causa, sino en valorar si es aceptable que una realidad pueda aniquilarse. No es que pueda transformarse en otra o integrarse, sino que se aniquile.

Hemos dicho que soy yo y mi circunstancia. Ese yo es un proyecto, es el fondo personal que busca construir quién voy a ser. Yo vivo en el elemento de la irrealidad porque no soy algo que esté ahí, hecho, presente, como una cosa, sino que soy una pretensión, una realidad que todavía no es, que vive desde el futuro, soy pura anticipación. Pero esa dimensión proyectiva no tiene por qué acabar. Precisamente su consistencia pugna por continuar, por ir más allá.

Pero cuando muero, mi instalación corpórea —aquella desde la que vivo y que me es menester para relacionarme con el resto de circunstancias mundanas— resulta que deja de pertenecerme. Hay un cadáver, pero yo ya no estoy.

¿Qué hay entonces? ¿Un fantasma? ¿El alma? ¿Un espectro? No. En principio no hay cosa alguna porque ese yo proyectivo no es ninguna cosa; lo que no quiere decir que no lo haya. Podría ser

que muriese a consecuencia de la muerte de mi cuerpo, aunque esto supondría por un lado una segunda realidad que muere, y por el otro una auténtica aniquilación.

¿Por qué la muerte de una persona es una aniquilación y no una mera cesación? Porque una persona es una radical novedad. Una persona es irreductible a nada previo. El proyecto biográfico, la vocación que se va realizando, antes de existir esa persona no la había. Sí podríamos hacer el seguimiento de la materia orgánica que constituye el cuerpo, pero no nos sería posible la del yo personal que lo posee. Por eso, cuando acaba la persona, ésta no se reintegra a ninguna realidad. Su unicidad no se puede ver reducida a cosa alguna. De ahí deriva lo dificultoso de aceptar el acabamiento de la persona.

Si ahondamos más en qué consiste ese proyecto que me da consistencia quizá podamos comprender qué futuro le puede aguardar.

Hemos dicho que soy alguien que tiene que hacer algo en vista de unas circunstancias. Pero esas circunstancias son la materia bruta que se me presenta. Para poder hacer, para ser capaz de manejarla, necesito asimilarla, hacerla mía, hacerla aprehensible, y esto lo consigo mediante mi capacidad interpretativa. La persona da sentido a la realidad que le circunda, por eso se convierte en su circunstancia. Al dar sentido decimos lo que una cosa es en vista de nuestro proyecto. Dar el sentido de una cosa es dar su razón de ser, su consistencia.

Precisamente las filosofías del siglo XX se han ocupado, como no lo hacía el pensamiento desde los sofistas, del problema del sentido. Hemos analizado cómo las filosofías del absurdo —el existencialismo sartriano y las filosofías analíticas— parten del prejuicio de considerar que la trascendencia del hombre es imposible, bien porque el mundo carece de sentido, bien porque el solo hecho de planteárnosla está

desprovisto de sentido. Pero entonces dejan sin resolver una cuestión fundamental: ¿qué hacen unos chicos como nosotros en un mundo como éste? ¿Cómo encajan en un mundo carente de sentido unas criaturas irreductibles a cosa alguna que necesitan del sentido para realizar cualquier acto humano?

De estos interrogantes hemos partido para justificar la existencia de Dios. Si el hombre se encuentra lanzado al mundo y el mundo no posee sentido propio, ¿quién ha dado al hombre esa capacidad de otorgar sentido? Si además nos damos cuenta de que gracias a nuestra capacidad de interpretar la realidad nos podemos desenvolver por ella, ¿no querrá decir esto que Alguien, ajeno a dicha realidad, la ha tenido que pensar? ¿No debe haber Alguien “otro que el mundo” que infunda el sentido al hombre y haga las cosas asimilables al sentido? ¿Y no llamamos a ese Alguien Dios?

Esta es la aportación original de esta obra: mostrar cómo a partir de la idea de ser de la razón vital podemos concluir que hay un Dios trascendente al mundo que dota de sentido a esa criatura amorosa que es el hombre. Nada más y nada menos.

La propuesta de Zubiri para demostrar la existencia de Dios se basaba en la justificación de la insuficiencia de la existencia como tal. Nosotros hemos seguido otra vía, cercana pero distinta. Lo que hemos mostrado ha sido la indigencia del sentido para afirmar necesaria la donación divina.

A partir de esta conciencia de que el sentido existe y de que Dios es el sumo otorgador de sentido podemos ir deduciendo el sentido de la propia realidad humana y, dentro de dicha realidad, el de la propia muerte.

La vida puede ser contemplada desde su limitación temporal (perspectiva cismundana) o desde su capacidad para traspasar los límites de la muerte (perspectiva trasmundana). Ambas

perspectivas son compatibles y se pueden complementar.

La visión cismundana dota de valor a los días, da contenido concreto a los proyectos, centra nuestra atención en aquellas cosas que de verdad interesan.

Por su parte el punto de vista trasmundano refuerza nuestras expectativas de felicidad y de desarrollo personal. Nos obliga a elegir aquel que queremos ser para siempre, lo cual hace que nuestras decisiones ganen en hondura y gravedad y suponen un acicate ético innegable. Este mundo significa una invitación a ser co-creadores de nosotros mismos.

Pero para que esa pervivencia ansiada se pueda dar es preciso que se cumplan dos requisitos: que poseamos una nueva estructura empírica, es decir, en nuestro caso un nuevo modo de corporeidad; y que esa nueva vida tenga algún tipo de continuidad con la actual de modo que siga siendo nuestra vida.

La magnitud que adquiere la persona humana iluminada por este modo de acercamiento que respeta su modo de ser es extraordinaria. La persona se ve provista de una dignidad incomparablemente mayor a cualquier otra realidad mundana. Se trata de alguien dotado de un proyecto único e irrenunciable. Si, además, incorporamos la visión divina a esa realidad, viene a resultar que ese alguien ha sido amado y creado por Dios.

Y ahora podemos aventurarnos, incluso, a un cierto entendimiento del modo de obrar de Dios. El creador concibe el modo de ser del mundo, sabe lo que se debe hacer, pero su obrar no es como el del mago o el taumaturgo que en un instante hacen o deshacen a voluntad. Dios no pinta un cuadro estático y acabado en el que la última pincelada señala su fin, sino que traza un lienzo inagotable que se renueva continuamente con nuevos matices y contrastes. Es un manantial del que siempre brota un nuevo caudal. Por eso

incorporándolo a su obra creadora concibe un proyecto para su realización. Pero un proyecto de tal dimensión que cobra vida, se encarna y actúa con voluntad propia. Ese proyecto somos nosotros. Nuestro carácter personal reside en que somos una realidad abierta que tiene algo que hacer, y no cualquier cosa sino algo concreto, una vocación, una misión, en eso consistimos, en una labor a realizar en vista de unas circunstancias dadas. Pero Dios no nos emplea como el cortapapeles del que hablaba Sartre, sino que nos invita a participar con Él de su creación como co-creadores. Para cumplir la vocación que nos ha dado, sí, pero desde la libertad y creatividad personal, de manera única e irreplicable.

Expresando de modo algo simplista esta idea, podríamos decir que Dios ha concebido distintas misiones particulares que den sentido a su creación y les ha dado vida humana, eso seríamos nosotros, obra de Dios, obradores de Dios, deseo de Dios llamados a dar plenitud a su creación. Por eso somos criaturas amorosas, porque somos imágenes de quien es amor.

Sea aceptada o no esta dimensión divina, la vida de la persona, su realidad radical, merece el máximo respeto y protección. Por eso resulta perverso cualquier planteamiento ético que no prime dicha consideración.

Cada persona es una nueva creación que se realiza, y su muerte un abismo que se abre frente a nuestro entendimiento. De su desenlace final depende la vaciedad del mundo o su rebosante plenitud.